

CHRISTOPHER DAWSON: *Religion and the Modern State*.  
New York. Sheed et Ward, Inc. 1937. XXII y 154 pá-  
ginas.

El problema de las relaciones entre Religión y Estado es típicamente moderno, pero su modernidad no debe aceptarse en el sentido que adopta corrientemente cuando se señala como época moderna la que comienza con el Renacimiento. Moderno significa aquí postcristiano.

Estado e Iglesia, Política y Religión, en el mundo antiguo no andan separados. En nuestra época, mejor aun, en la época que comienza con la venida de Cristo, la vida de los hombres, en todos los aspectos y especialmente en el político, ha sufrido un giro copernicano. «Un hombre que viniese a visitarnos desde su tumba, cavada en tiempos de Pericles —dice F. Nitti—, contemplaría estupefacto la diferencia entre su mundo y el nuestro. Los supuestos en que descansa la vida social son totalmente diferentes. La religión no es ahora, como en la ciudad antigua, el vínculo social más completo, que no se podía romper sin salir de la ciudad. En los países de civilización europea, que han alcanzado un grado elevado de ella, cada cual considera la religión de distinto modo, según sus ideas y sus tradiciones.» (*La Democracia*, II, 266.)

Este problema de las relaciones entre religión y política es el que analiza magníficamente Dawson en la obra que comentamos. En su estudio destacan dos puntos de arranque para toda la obra. De un lado, la crisis de la idea del Estado y la de la confianza en sí mismo, que ha sufrido el hombre después de la guerra que terminó en 1919. De otra parte, la aparición de un grupo de ideologías, llamadas totalitarias, que pretenden evitar estos peligros y vuelven, en parte, a la concepción pagana que funde las dos esferas, religiosa y política, en una sola.

Dawson examina la cuestión desde el ángulo de vista cristiano. Podríamos decir que los términos del problema, tal como él los enuncia, son intemporales, aunque la reflexión

se produzca en virtud de lo que ahora acaece. Para él la única solución es vivir cristianamente, en total servicio a nuestra humanidad. Por el contrario, las soluciones a las crisis, bolchevismo, liberalismo y fascismo —en sus varias modalidades—, no son otra cosa que «tres formas de la misma cosa, que marchan por sendas diferentes, pero paralelas, a la misma meta: la mecanización de la vida humana y la subordinación completa del individuo al Estado y al proceso económico». (Pág. XV.)

Ninguna de estas doctrinas significa la meta para un hombre cristiano. Cristo vino a rehacer el mundo, pero éste todavía no ha hecho vida sus mandatos. Muchos historiadores católicos no vacilan en señalar a la Edad Media como una época que ofrece un perfil acusado de realización en la vida del ideal cristiano. Nuestro autor no cree en esto. El, que ha estudiado, en los orígenes de Europa, estos diez siglos, considera que no realizaron el ideal de la Cristiandad. La Iglesia, por compenetrarse con el Estado, se secularizó *bastante*, y esta secularización favoreció *bastante* la Reforma (pág. 20).

Sin negar que la Edad Media no es tan angélica —¿que época lo podrá ser?— como se ha pretendido, entonces existía un cuadro cristiano, había una institución cristiana en el terreno político; la vida de los hombres se desarrollaba en un cuadro cuyas líneas maestras aseguraban el cumplimiento de los mandatos cristianos. La Edad Media es, para nosotros, una época cristiana en el aspecto externo, y pagana en su vida privada, al contrario que nuestra Edad. Por eso, si aquélla tardó diez siglos en deshacerse, a ésta la han bastado cuatro centurias mal contadas.

Lo que a Dawson interesa es la salida que a esa crisis que nace en el Renacimiento, intenta la postguerra de 1919.

Si Versalles significó el triunfo de la racionalización del poder, como dice Mirkin, en la práctica en Europa se instaura la dictadura. Para Dawson la sociedad perdió entonces su confianza en el futuro. La Democracia, que consigue la igualdad política, no tiene valor alguno, y se quiere encontrar un régimen que fomente la igualdad económica. Para

solucionar esta cuestión surgen dos fuerzas de sentido autoritario: socialismo y fascismo. Aquél pretende acabar con las clases medias y provoca la reacción mesocrática que encarna los regímenes fascistas; sindicalismo de tipo soreliano, «purgado de sus elementos marxistas y reorganizado sobre una base corporativa nacional» (pág. 9).

Los movimientos fascistas marchan contra la democracia occidental como reacción de los pueblos derrotados o de aquellos otros para los que la victoria fué un fracaso. Pero Europa los sigue, porque frente al socialismo ruso el nacionalsocialismo es la tercera solución, la vía intermedia entre el capitalismo y el comunismo.

De otra parte, en los pueblos vencedores se exalta la democracia, sin comprender que el fracaso del sistema político prebélico se debe a que la forma económica ha variado sensiblemente. «Capitalismo y parlamentarismo no son fenómenos independientes, sino expresiones paralelas de las mismas ideas liberales aplicadas a la economía y a la política.» (Pág. 25.) Por eso, la crisis del parlamentarismo se nota hasta en la misma Inglaterra, donde prontamente desaparecen las tres bases fundamentales del sistema: coincidencia esencial de los partidos, creación de una clase gobernante y partidos turnantes, en número de dos, capaces de forjar mayorías estables.

El hecho de la crisis sirve magníficamente para la propaganda de los caudillos laboristas, y los mejores intelectuales o políticos —Laski y Cripps— comprenden que el marxismo es una religión, un credo que aspira a gobernar totalmente al individuo (pág. 34).

Hemos de reconocer que las críticas que se dirigen contra el liberalismo tienen una base cierta. La no intervención en materia económica ha fracasado. La postguerra del 19 ha probado hasta la saciedad lo imposible de una economía no dirigida; por eso el socialismo ha triunfado, a pesar del defecto que tiene de instituir la lucha como medio de acabar con el adversario, y el fascismo, con su credo nacionalista, consigue un éxito que empañía la apelación a la violencia (pág. 36).

La solución está en la vuelta completa a la doctrina católica. Las fórmulas capitalista y socialista del siglo XIX no sirven para el nuestro. «Necesitamos una filosofía política que sea más católica y más humana, que no excluya ni desprecie las funciones y valores no económicos, sino que trate al hombre como una persona moral libre, como criatura de Dios y hacedor de su propio destino.» (pág. 43).

Frente a este desco, la tendencia moderna es de absorción por el Estado de todas las actividades del individuo, cuya fuerza está favorecida por el desvarío económico y la mecanización de la vida, que hace centralizarse cada vez más a los órganos del poder. La educación y la milicia, el cine y la propaganda pasan a manos del Estado (páginas 45-57).

No niega Dawson los choques producidos entre los regímenes fascistas y la Iglesia, pero ve con claridad que lo más grave de nuestro tiempo es el conflicto existente entre el comunismo y el catolicismo.

El clima favorable al marxismo lo ha creado la civilización burguesa. La vida europea dejó de ser cristiana en el XVIII, pero mantuvo durante todo el siglo XIX una especie de fe laica. El liberalismo sigue el camino de los protestantes, y Marx, que canta en el Manifiesto un himno a la sociedad burguesa, recoge de ella la rebeldía religiosa y el elemento material que la domina. La burguesía centra su pensamiento en la primacía de lo económico, y esto es un medio eficaz para conseguir una sociedad comunista totalmente secularizada. El comunismo, como ya ha destacado Henri de Man, se sirvió de las fuerzas religiosas que corren por el subsuelo de la conciencia humana para racionalizar la vida (págs. 44-72).

Nuestro autor acredita en las anteriores páginas y en las que siguen la posesión de una visión profunda y certera. Ve el peligro que el comunismo supone y siente el daño que se avecina. Porque la ideología comunista es un remedio capaz de ofrecer a mentes superficiales una apariencia de tranquilidad, tranquilidad de sepulcro, pero tranquilidad al fin. Además, ofrece una apariencia de solución para

todos los problemas. El comunismo — dice Dawson — es una filosofía, y añadimos nosotros que también es un poder. Mientras que no hay, desgraciadamente, un poder político que se titule cristiano, entre las grandes potencias existe un poder que oficialmente se llama soviético. Y este hecho indica claramente que la utopía se puede realizar, y cuando un sueño adquiere corporeidad, su influencia es formidable. Tiene el prestigio de lo ideal y la eficacia de la realidad; dos armas de un valor verdaderamente magnífico.

Uno de los errores más graves que profesa la doctrina heterodoxa, en el sentido de Dawson, es el intento de explicar la historia racionalmente. Cristianamente mirada la vida del mundo aparece como un misterio secreto, en que las soluciones más absurdas aparentemente son las que en la realidad se imponen y triunfan. «La interpretación cristiana... no encuentra dificultad en aceptar el carácter arbitrario e impronosticable del cambio histórico, pues ve en todas las partes los signos de la intención y elección divinas» (pág. 82).

De este sentido místico y religioso de la interpretación histórica se aprovechó Carlos Marx al fundar su teoría en los supuestos judaicos. La oposición entre el pueblo divino y el gentil, el juicio final, y el triunfo del pueblo elegido, que forman la medula religiosa del judaísmo, se transforman en el autor de «El capital» en oposición entre proletariado y burguesía, cataclismo social y reino mesiánico de la dictadura del proletariado. Por ello, el valor proletista del marxismo está no en la fría dialéctica de la lucha de clases, sino en un ansia de justicia social. La causa proletaria «es una pasión espiritual que ha perdido su objeto teológico y ha intentado encontrar una justificación independiente en una teoría puramente racional» (pág. 69).

Frente a esta tesis se levanta, severa e irreconciliable, la doctrina cristiana de la historia. Para ella, la Encarnación no es un acto aislado de fe, sino la formación de la sociedad divina. Por eso, materialismo y cristianismo son posturas irreconciliables, porque éste afirma la creencia en un Dios, hacedor y redentor del hombre, señor y dador de

la vida, y donde esta creencia no se asienta firmemente, el hombre queda manco en su valer. El comunismo lo que hace es construir una prisión sin ventanas para la humanidad (pág. 101).

Ese mismo sentido religioso que se ha apuntado en el comunismo aparece en las soluciones fascistas, y por esta apariencia de religiosidad han podido uno y otras deslumbrar a gentes sencillas. Estas soluciones pretendían realizar en el mundo el reino de Dios, un reino de Dios teñido a su guisa y organizado según su criterio, porque Dawson destaca que en el fondo estas tendencias lo que pretenden es secularizar la sociedad, de cuyo sentido la expresión más pura es la Rusia soviética. Esta tendencia secularizadora ha sido favorecida por el poder absorbente del Estado, pero esta tendencia totalitaria ha sido la consecuencia de que el Cristianismo, por término medio, no ha sabido ser suficientemente total (pág. 103).

Sería erróneo pensar que todas estas fuerzas idealistas son malas en sí, y que el hombre de Estado se puede dedicar a forjar sueños de grandeza, cuando su verdadera misión es una modesta cosecha. Es necesario, con estas miras, hacer una revolución cristiana, que tenga en cuenta que la religión es la esfera de lo absoluto, y los negocios y la política la de lo relativo. «La verdadera función social de la religión no es ocuparse de reformas económicas ni políticas, sino salvar a la civilización de sí misma, revelando a los hombres el verdadero fin de la vida y la verdadera naturaleza de la realidad» (pág. 125).

Para lograr el concepto de estado católico hay que evitar identificar la religión con la política o considerar a aquélla como un negocio privado. Al tiempo se debe tener un principio jerárquico de la sociedad, porque la Iglesia no se opone al ideal autoritario del Estado; pero esto no quiere decir que pueda identificarse el pensamiento cristiano con el fascista. Para un creyente, el Estado será siempre un servidor de otro ideal más alto, que supone un ideal de justicia supranacional.

No se debe seguir un nacionalismo ni ser partidarios tan sólo de un Estado corporativo. La unidad que predica el catolicismo es mucho más profunda. El predica «la unidad en la nación por el Estado corporativo: la unidad en la civilización por la restauración de la comunidad espiritual de pueblos cristianos: la unidad del mundo por el caudillaje moral de la civilización cristiana» (pág. 193).

Como el autor inglés destaca, estos ideales son tan viejos como la doctrina cristiana. El cita a Santo Tomás y León XIII; igualmente podríamos recordar, distinguiendo las épocas, al Papa San Gelasio: «Para satisfacer su fin, los emperadores cristianos se dirigirán a los pontífices cuando estén en juego la vida eterna, y los pontífices utilizarán la protección de los emperadores en el curso de la vida temporal.»

Termina su obra Dawson con un severo y exacto juicio de las épocas pasadas. Se queja de que no exista un sistema económico cristiano ni siquiera un Estado digno de tal nombre cuando sólo la religión que predicó Cristo es la única que tiene fuerza suficiente para servir totalmente al hombre. Protestantismo, liberalismo y comunismo son etapas de un mismo proceso de secularización. El primero elimina a la Iglesia; el segundo, la Cristiandad, y el tercero, hasta el alma humana. Pero como buen creyente, esta visión terrible no enturbia su esperanza. Acertadamente recuerda que la Iglesia comienza con el fracaso más grande que puede sufrir una doctrina: la ejecución del fundador. Hay que esperar en el triunfo cuando la mente humana vuelva de la circunferencia al centro (pág. 153), y hay que aguardarlo con seguridad, porque las posibilidades del Cristianismo son ilimitadas. El hombre cristiano debe ser el pionero del orden nuevo, seguro de que su esfuerzo no será estéril.

Como nuestro Donoso Cortés, Dawson cree que el milagro es un arma necesaria en la economía de la creación y que su uso queda reservado al que es única causa del Universo. «La Providencia Divina —decía Donoso—, considerada como causa general de todo lo que sucede, obra

RECENSIONES

de una manera natural o sobrenatural.» La naturalidad son las causas segundas; lo sobrenatural es la intervención directa, inmediata y milagrosa. Esta confianza, que fluye por todas partes en el libro reseñado, es, quiérase o no, la única esperanza de un mundo dolorido.

DIEGO SEVILLA ANDRÉS



# REVISTA DE REVISTAS

